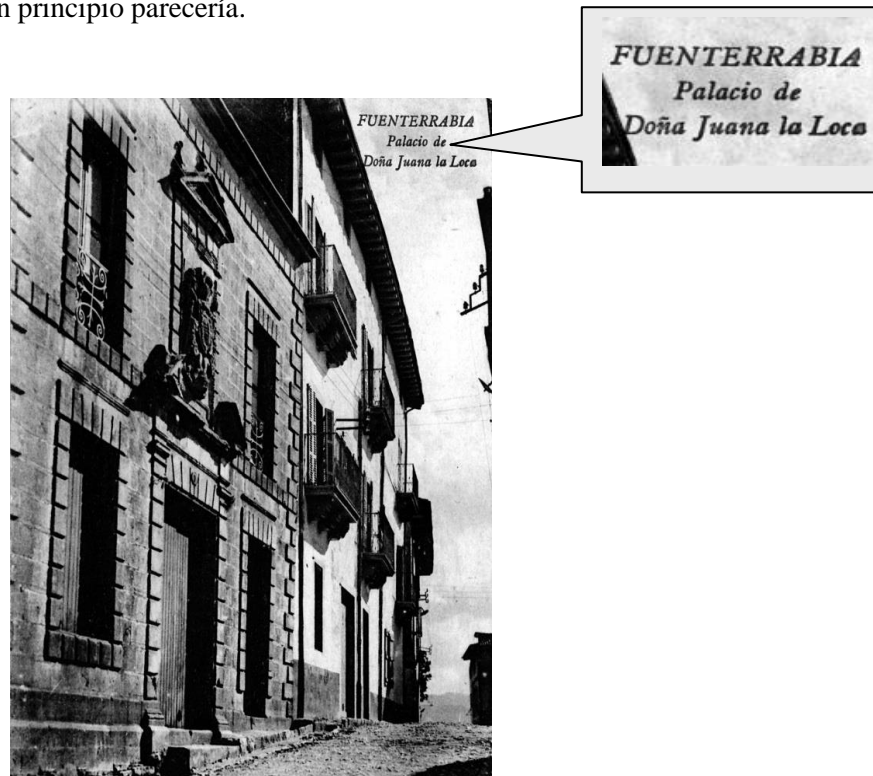


El viaje de Juana la Loca y Felipe el Hermoso

En el número 3 de la calle Juan de Laborda de Hondarribia se encuentra el palacio de Egiluz. Un edificio que por tradición oral ha pasado a nuestros días con el nombre de *Casa de Juana la Loca*. Se dice que en él durmió en 1502 Juana, la tercera hija de los Reyes Católicos, que sería proclamada poco después como reina Juana I de Castilla. Aunque esta soberana casi resulta desconocida con este nombre. La memoria popular la reconoce con el nombre de *Juana La Loca*.

En numerosas postales antiguas el edificio figura, incluso, como *Palacio de Juana la Loca*. Veamos el tema. Porque el asunto da para más de lo que en un principio parecería.



La posición de Juana en la cadena sucesoria al trono de Castilla era demasiado lejana como para aventurar que pudiera algún día llegar a ser soberana de este reino. Así que, al uso de la época, fue utilizada como una pieza más de la política internacional de alianzas matrimoniales. De acuerdo con ello, en 1495 se pactó su matrimonio con Felipe de Habsburgo y Borgoña, archiduque de Austria y heredero del Sacro Imperio Romano Germánico, más conocido como Felipe *El Hermoso*. Un matrimonio que se celebró en 1496.

Pero una especie de maldición cayó sobre la dinastía de los Trastámara, y en menos de cuatro años fallecieron sus hermanos mayores y sus respectivos descendientes, convirtiéndose Juana en la heredera. Los reyes Isabel y Fernando llamaron a Felipe y Juana para declararles herederos a las coronas de Castilla y Aragón. Juana había partido a Flandes para no volver a Castilla, y el archiduque Felipe no tenía ninguna intención de abandonar su país, así que durante unos meses se hicieron los remolones. Hasta el punto de que el embajador en Flandes, Gomez de Fuensalida, se vio obligado a comunicar a los Reyes Católicos que los archiduques de Austria "*no tyenen mas voluntad de yr a Espana que de yr al infierno*", para añadir "*agora dicen que an de partir en fyn de octubre, otros dicen que en fyn de noviembre. Yo no creo nada porque nunca dicen verdad. Desatinando estoy de ver una cosa tan nueva, que aya ombre en el mundo que se muestre perezoso para yr a reynar*".

Pero, ante la insistencia de los padres de Juana, partieron de Bruselas en noviembre de 1501 para ser nombrados herederos ante las cortes castellanas en Toledo.

La comitiva fue el espectáculo de la época, atravesando lentamente Flandes y los reinos de Francia, Navarra y Castilla, mientras acudían ciudadanos de lugares lejanos para verla pasar. A su cabeza marchaba el archiduque con sus lugartenientes acompañados por banderas con su símbolo, la cruz de San Andrés. Tras él doña Juana con sus caballeros de honor, seguida por los 150 arqueros de Borgoña de la escolta real. Después la corte representada por dos centenares de personas, además de escuderos, servidumbre (cocineros, camareros...), artesanos y artistas (pintores, orfebres, tapiceros, músicos...) y 1.200 soldados a caballo. Un total de cinco carrozas reales, y tras ellas una larga caravana de cien carretas cargadas de ajuars, muebles y tapices flamencos. Baste decir que por orden del rey francés Luis XII se ensancharon los caminos y se afianzaron los puentes a lo largo de la ruta.

Mientras tanto y para preparar la llegada de la comitiva al reino, los Reyes Católicos habían enviado a la entonces villa fronteriza castellana de Fuenterrabía a una persona de su máxima confianza. A Don Bernardo de Rojas y Sandoval, Marqués de Denia, miembro de una familia a quien el propio rey Católico consideraba como “*primos*”. Don Bernardo estaba casado con Francisca Enriquez de Luna, prima del rey Fernando.



Felipe de Habsburgo y Juana de Castilla, aproximadamente en la época en la que llegaron a Fuenterrabía. Observando el retrato del archiduque –pintado en 1501- sorprende un tanto el apelativo de “El Hermoso”

El día 26 de enero de 1502 partieron de Bayona en dirección a Hondarribia. Les aguardaban cinco leguas, unos veinticinco kilómetros, de duro camino. Tan duro y difícil que los carruajes no podían pasar. “*A partir de Bayonne, se enviaron de vuelta los carruajes y carretas de Flandes, que habían traído el equipaje de Monseñor, porque no podían avanzar por las montañas, y trajeron grandes mulos de Biscaye*”. Paracían muy bien informados los cronistas de a dónde llegaban: “*Partimos de Saicnt-Jehan-de-Luz, y fuimos a Fontearabie. Es el comienzo de Vasque y d’Espaigne*” (Anónimo), o “*llegaron a Fontarabie, primera villa de Bisquaye*” (Jean de Molinet y Antoine de Lalaing)

Llegaron a orillas del Bidasoa donde fueron recibidos por un grupo de nobles que les dieron la bienvenida. “*Al pie del río se encontraban varios barcos y lanchas para pasar a Monseñor y Madame y a todos sus acompañantes, y había algunos barcos muy adornados con tapicerías, buenos cañones y buenos remeros*”. En cuanto embarcaron, comenzaron los barcos a hacer fuego con sus cañones, siendo respondidos por los cañones de Fuenterrabía, y el toque de trompetas y tambores.

Al desembarcar avanzaron hacia la puerta de la villa. “*Había a los dos lados de 2.000 a 3.000 hombres bizcainos, cada uno con una jabalina al puño o una espada corta en la cintura, haciendo maravilla de gritar a la manera de Biscaye*”. En la puerta les esperaba el alcaide don Hernando de Luna para entregarles las llaves de la villa. Y al pasar por ella “*sonaron las campanas, las calles con tapices y telas tendidos y coberturas de cama delante de las casas*”. Pero la sorpresa no era menor en los lugareños que contemplaban el cortejo. En una época en la que aquí las unidades militares no iban aún uniformadas, llamaron mucho la atención los 150 arqueros de Borgoña que componían la escolta de los archiduques. Todos vestidos iguales, llevando sus estandartes blancos con el aspa de San Andrés en color rojo.

Y vestidos todos de color blanco con la misma cruz o aspa bordada en el pecho. ¡Quién iba a decirles a aquellos hondarribiarras que, cuatrocientos años después, aquel símbolo iba a convertirse en un elemento básico de la bandera de su ciudad!



Arquero de Borgoña, con la cruz de San Andrés bordada en el pecho

Felipe y Juana visitaron la iglesia y, volviendo a montar a caballo, *“entraron dentro de su alojamiento en el castillo”*. El chambelán de Felipe, Antoine de Lalaing, es todavía más explícito sobre el lugar en el que se alojaron: *“bajaron del caballo en el castillo (...) donde Monseñor almorzó en su cámara”*, mientras el comandante de Fuenterrabía *“agasajaba a todos los nobles que estaban con Monseñor en su alojamiento, en el mismo castillo”*.

Tanto un manuscrito de autor desconocido que se conserva en el museo de Viena, como el relato del cronista oficial del viaje Antoine de Lalaing dejan, a nuestro entender, bastante claro que los archiduques se alojaron en el castillo, y no en el palacio de Egiluz en la actual calle de Juan de Laborda. Y desde luego no en el palacio tal como lo conocemos ahora. Por su construcción el edificio puede datarse de mediados del siglo XVII, es decir, unos 150 años después de la llegada de doña Juana y don Felipe a Hondarribia.

Sería curioso conocer cómo y cuándo surgió esta leyenda sobre el palacio de Egiluz. Porque tanto Muro y Goyri, como Doussault, coinciden en afirmar que, en el último cuarto del siglo XIX, en Hondarribia se conocía a la parte Este de lo que hoy llamamos castillo de Carlos V, como palacio de Juana la Loca. Así que parece que este cambio en la “tradición oral” es relativamente reciente.

Pero esta estancia de los archiduques de Austria en Hondarribia da para alguna cosa más. La totalidad de su viaje fue lento, pero constante. Los Reyes católicos presionaban para que llegaran cuanto antes a Toledo, de forma que –incluso en ciudades muy importantes– se quedaban una sola noche, lo justo para descansar. Es cierto que se podía considerar entonces a la villa de Fuenterrabía como la entrada al reino, y esto justificaría una estancia más larga. Pero nos sigue rondando la pregunta. ¿Por qué se quedaron aquí tres días?.

Los cronistas oficiales nada cuentan. Pero con la comitiva viajaba un cronista algo diferente y más dado a narrar cosas prohibidas, como los devaneos del archiduque con las damas de la corte. El cronista holandés Raimundo de Brancafort nos da una enigmática respuesta:

“Nuestro señor, el archiduque don Felipe, entró en tierras de Castilla y Aragón con lágrimas en los ojos, y no por lo que dejaba a sus espaldas, o por lo que tenía frente a sí, sino por un mal del que ni las testas coronadas están dispensadas”

Había vuelto a aparecer la maldición de los Habsburgo. Las almorranas o hemorroides. Venir cabalgando en una mula navarra por malos caminos desde Bayona, había sido esta vez el desencadenante. Y don Felipe “*siendo jinete avezado y muy sufrido para el ejercicio físico, no quiso admitir su mal hasta que estaba muy avanzado y difícil remedio tenía*”. Así que doña Juana, llegados a Hondarribia, dio una orden tajante, “*de allí no habían de moverse, por mucha que fuera la necesidad*”. Había visto a su esposo llegar a la villa cabalgando con ambas piernas por el mismo lado del mulo. A lo amazona, que se dice.

Raimundo de Brancafort define los problemas del archiduque como “*unos tumorcillos que, al tiempo que dañaban la parte afectada, trastornaban el carácter de quien los padecía, hasta el extremo de hacerle desear la muerte*”. Los ungüentos preparados por los cirujanos reales eran administrados personalmente por doña Juana. Pero nada. El asunto no mejoraba lo más mínimo.

Mientras tanto la villa estaba padeciendo serios problemas de suministro. Hondarribia tenía que alojar y mantener a un ejército de visitantes entre nobles, soldados y artesanos. Y las provisiones no llegaban para todos y para tantos días. El cronista afirma que algunos nobles, acostumbrados a comer cinco veces al día en Flandes, llegaron a pasar hambre. La soldadesca y el pueblo llano tenían que conformarse con comer una vez al día, los días que se podía.

Quizá también tuviera algo que ver el hecho de que el encargado de la logística tuviera la cabeza –y el corazón– puestos en otra cosa. Don Bernardo de Rojas y Sandoval había pasado varios meses en Hondarribia preparando la visita de los archiduques, y durante su estancia había entrado en relación con doña Dominga de Alcega, doncella de noble linaje. Los Alcega habitaban el palacio del mismo nombre, en lo que hoy es el número 8 de la calle San Nicolás (la antigua carpintería de los hermanos Sagarzazu).

Retrato de los archiduques Felipe y Juana, realizado por Jacob Van Laethem, uno de los pintores que formaba parte de su séquito en este viaje



Por una mujer de la villa tuvo conocimiento la archiduquesa de la existencia cercana de un curandero brujo a quien llamaban *Aita Sorgin*, experto en sanar toda clase de dolencias. Los cirujanos reales pusieron el grito en el cielo y hasta el capellán de doña Juana se rasgó las vestiduras asegurando “*que en habiendo brujos por medio, el diablo no andará muy lejos*”. La princesa insistió airada afirmando “*que nunca se ha oído decir, ni en ninguna parte de las Escrituras está escrito, que el demonio se interese por partes tan viles del cuerpo humano*”.

Ganó este pugilato la futura heredera de Castilla, y se mandó llamar a *Aita Sorgin*. Con unas hierbas y unos lavados, en pocas horas desapareció el padecimiento de don Felipe. El archiduque, agradecidísimo, le preguntó qué podía hacer para compensarle. El brujo contestó que sólo pedía que abandonaran la villa cuanto antes pues, de seguir un día más aquí el cortejo, iba a quedar la población totalmente arruinada para el resto del invierno.

Los archiduques de Austria partieron al día siguiente de Hondarribia con todo su séquito. El cronista Antoine de Lalaing apostilló —y probablemente no por casualidad— que el mismo día “*llegó Monseñor a Hernani, donde le dieron muy bien de comer*”.

El 24 de julio de 1502 nacería en Hondarribia, fruto de los amores de don Bernardo de Rojas y Sandoval y doña Dominga de Alcega, Cristóbal de Rojas Sandoval y Alcega. A quien su padre reconoció, dio su apellido y trató como a cualquiera de sus otros diez hijos “legítimos”. Cristóbal fue arzobispo de Sevilla y capellán del hijo de Felipe y Juana, el emperador Carlos V, que inauguró la dinastía de los Habsburgo. A don Cristóbal de Rojas y Sandoval está dedicada la hondarribiarra Plaza del Obispo.

Como podemos ver, el viaje de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, a pesar de los problemas de suministro que generó, fue fructífero para la villa de Hondarribia. Nos dejaron dos palacios de Juana la Loca —uno más probable y otro menos—, una bandera, un obispo y una curación milagrosa de las hemorroides. Ahí es nada.

No parece, pues, que Juana la Loca habitara en esta casa en 1502.

Y, desde luego, el escudo de la fachada no es el de doña Juana como alguna vez se ha dicho.



Tetxu HARRESI, 02 de diciembre de 2013

Fuentes:

- Buchon, J.A. (1828), *Le voyage d'Espagne qui firent para terre monseigneur l'archiduc et madame son espouse*, en *Chroniques de Jean Molinet*, Tomo 5, Cap. 315, Verdière, Paris
- Joseph Chmel (1841), *Codex Ms. Nro. 3410. Reise des Erzherzogs Philipp nach Spanien 1501*, Die Handschriften der K. K. Hofbibliothek in Wien, Wien (el manuscrito está en francés)
- Doussault, M.E. (1875), *Fontarabie (Espagne)*, *Le Tour du Monde* n° 736, Paris
- Gachard, M. (1876), *Voyage de Philippe Le Beau en Espagne en 1501*, Antoine de Lalaing, en *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, Hayez, Bruxelles
- Muro y Goyri (1894), *Excursiones veraniegas por Euskaria: un pie en España y otro en Francia*, *Euskal-Erria revista bascongada*, Tomo 30, 1º semestre
- Hidalgo, I. (2004), *Arquitectura civil en Hondarribia*, en *Historia de Hondarribia*, Ayuntamiento de Hondarribia
- Olaiola, J. L. (2007), *Juana la Loca*, Planeta, Barcelona